

EL PERIÓDICO DE LAS MUJERES

PERIODISMO CIUDADANO AL SERVICIO DE LAS MUJERES

Mujeres Tejedoras de Sueños en La Candelaria
Proyecto ganador de la Beca Más Cultura Local de La Candelaria

**EDICIÓN
ESPECIAL
2025**

7 historias de mujeres Candelarias que tejen creatividad, memoria y comunidad

En La Candelaria, la creatividad y la fuerza de sus mujeres se entrelazan en historias que transforman la comunidad. Esta edición especial de “Mujeres Tejedoras de Sueños”, ganadora de la Beca Más Cultura Local, celebra a siete mujeres extraordinarias cuyo talento, pasión y compromiso tejen memorias, sueños y esperanza.

Cada relato es un hilo que conecta corazones, inspira nuevas miradas y despierta la imaginación. Sus vidas, sus tejidos y sus iniciativas muestran cómo la dedicación y la sensibilidad pueden convertir espacios cotidianos en lugares de encuentro, cuidado y creatividad, dejando una huella que trasciende generaciones.

Este número recoge sus historias y aprendizajes, un homenaje a la fuerza, la creatividad y la sensibilidad de quienes hacen de La Candelaria un lugar donde florece la vida, donde la comunidad se fortalece y donde los sueños de las mujeres se vuelven realidad.



Esta publicación es producida con el apoyo del programa **Más Cultura Local**, una alianza estratégica de la Secretaría Distrital de Gobierno, la Secretaría de Cultura, el Instituto Distrital de las Artes – Idartes, la Fundación Gilberto Alzate Avendaño - FUGA y la Alcaldía Local de La Candelaria.

Edición Especial - 2025

Tejiendo sueños en la Candelaria: la Historia de Patricia López Lara

Entre pinceles y calles: el arte que resiste

Con pinceles, papeles y colores, Patricia López Lara ha construido un universo que dialoga con la comunidad y con la memoria. El taller trasciende las paredes y se despliega en las calles de La Candelaria, los mercados al aire libre y los espacios culturales donde su obra ha sido reconocida. Artista plástica y artesana en papel maché, Patricia ha hecho del arte su lenguaje de comunicación y forma de vida.



Infancia y raíces: el afecto que forma artistas

“El afecto de las mujeres es fundamental para la vida. Qué bonito crecer rodeada de mujeres cuidadoras, queridas y de buen humor”, recuerda al evocar su infancia. La madre, las tías y la abuela materna fueron pilares de esos primeros años, marcados por la ternura y la alegría. Los recuerdos con su padre y sus tíos también dejaron huella: con ellos recorrió distintas regiones del país, descubriendo climas, ríos y montañas que le revelaron la riqueza y diversidad de Colombia. “Conocí muchos paisajes y culturas gracias a esos viajes, y eso me marcó profundamente”, comenta. En la escuela, las maestras reforzaron ese entorno afectuoso. “Tuve profesoras muy bonitas, cariñosas, que me enseñaron a leer con paciencia”. Entre la compañía familiar, los viajes y la dedicación de las maestras, se gestaron las raíces de una sensibilidad que años después encontraría cauce en la creación artística.

De los planos a los pinceles: el arte llega por necesidad y emoción

Durante años trabajó la carpintería y la consultoría, la pintura era apenas un recuerdo de la infancia, cuando retrataba a sus compañeras y dibujaba árboles en los cuadernos. Todo cambió con la enfermedad de su hija Lina. “Trajeron pinturas para que yo tuviera paciencia mientras la veía deteriorarse. Pero terminó siendo una profesión que me emociona mucho, nunca me lo imaginé”. El primer cuadro fue una tortuga, un animal que siempre le había fascinado. “Yo fui la primera sorprendida de ver lo bonita que me había quedado”. Gracias al apoyo de su hermana, comenzaron a llegar compradores y encargos. Autodidacta, Patricia transformó la pintura en oficio y forma de vida. “Nunca estudié, soy autodidacta y así también entré como gestora cultural. Me cambió la vida en un 100%”. Aunque los ingresos eran limitados y el reconocimiento escaso, el arte abrió un camino nuevo en medio del dolor, convirtiendo la ausencia en creación.

El espacio público: transformar la ausencia en encuentro

Tras la muerte de Lina, Patricia llevó su obra a las calles y encontró un propósito renovado. “Empecé a trabajar en el espacio público después de que murió mi hija y creo que eso fue un cambio muy bueno para mi vida, porque me unió la posibilidad a los conocimientos previos, con mirar las características de las poblaciones vulnerables económicamente, más no vulnerables en su amor, en su capacidad de trabajar, en su inteligencia, en su capacidad de análisis de la vida”.

El camino hacia el arte estuvo marcado por desafíos: inició tarde, enfrentó la falta de reconocimiento y la ausencia de programas para artistas en la adultez. Consciente de estos retos, transformó la dificultad en convicción: “Aquí en Colombia el emergente es una persona que inicia a los 20 o 30 años. Yo empecé tarde y nunca tuve la categoría de emergente, pero no lo considero desafortunado. Claro que he sufrido, pero he aprendido más de lo que he sufrido tuve que aprender a trabajar en el espacio público, a enfrentar la falta de reconocimiento y a valorar la experiencia de vida que traía conmigo”.

En 2006 incursionó en el mercado a cielo abierto de Usaquén, Carpe Diem, donde descubrió que el arte también es comunicación. “En el espacio público uno escucha, responde preguntas y, a veces, logra que alguien se lleve una obra. Ese contacto es invaluable”. Su participación en ARTBO, en 2020, consolidó su posición como artista de mediana trayectoria y proyectó su obra a escenarios internacionales. “Después de tantos años, pienso que mis artesanías y mis pinturas han llegado a los cinco continentes”.



Arte como memoria: entre papel maché y reflexión

En el papel maché y en la pintura, Patricia encontró sus lenguajes más propios. “La artesanía es patrimonial, nos conecta el pasado con el presente y se transmite de generación en generación. Es identidad, es memoria”. Para ella, el arte supera la estética: es comunicación, reflexión y sensibilidad. “La función de las artes es comunicativa, aparte de sensorial, es reflexiva y nos permite mirar en dónde estamos. Un artista es una persona más sensible hacia el hecho de estar vivo”. “Se teje desde la obra individual y en el trabajo colectivo, en las temáticas compartidas, en el discurso y en el diálogo cultural. Mi frase favorita es ‘dialogante cultural’”, comenta.

La riqueza cultural, geográfica y natural del país nutre su obra: “Vivimos en una ciudad absolutamente hermosa, rodeada de montañas, con un aire particular. Eso también es parte de lo que inspira”. Desde 2013 promueve el Corredor Cultural, espacio donde productos y servicios colombianos se convierten en protagonistas de la identidad nacional. También participó en grafitis colaborativos y fue reseñada en una revista estadounidense por un mural interior titulado “Sin negro”.

Comunidad y liderazgo: la fuerza de las mujeres

La sensibilidad artística de Patricia se refleja en su compromiso comunitario. Participa en la Junta de Acción Comunal, la Mesa Estratégica de Artesanía y como consejera de artesanos en el CLACP. “Comunidad y vecindad tienen similitud. Creo que así como la familia es tan importante, los seres cercanos, los vecinos también, porque eso hace la calidad de vida. Una comunidad unida, que se proteja, una comunidad que incentive la inteligencia, el conocimiento, las artes, es una comunidad sana”. Su participación en política y gestión cultural busca espacios colectivos. “Ahora que estoy trabajando simultáneamente en política pública, soy hoy día consejera y estoy muy contenta de pertenecer a algo participativo, comunitario, con la gente con la que uno transita todos los días, con los vecinos y de conocer sus vivencias, al mismo tiempo formas nuevas de crecer”.

Las mujeres son clave en su mirada: “Me admiro de la capacidad de trabajo de las mujeres que son mis compañeras hoy. Me sorprende gratamente de ver que vamos cogiendo el control de la vida y de la comunidad para bien”. Para Patricia, La Candelaria es un lugar donde la vida cotidiana, el arte y la comunidad se entrelazan. “Nuestra localidad es pequeña entretejamos sueños entre nosotras y las personas que vienen de otros lugares ser el centro histórico es también tener el privilegio de estar en nuestras raíces creo que se viene dando un renacer de la mujer”.

Tejiendo legado en la Candelaria

Construir comunidad es un acto de cuidado y compromiso. “Mi propósito es sensibilizar sobre el potencial que tiene el espacio público para el crecimiento de las artes... enseñarles a los jóvenes la importancia de respetar, cuidar, amar y participar activamente en la comunidad... el arte es un medio de comunicación y nos permite mirar dónde estamos, entender la vida de quienes nos rodean y construir comunidad desde la creatividad y la sensibilidad”. Ser mujer significa asumir la vida con atención, empatía y alegría. “Seamos mujeres, seamos hombres, qué bonito estar vivo... el planeta necesita cuidado... nuestra propensión natural es cuidar... me siento muy feliz de ser mujer... A pesar de la historia de dolor, a pesar de la violencia, todos los que lleguen aquí a Bogotá, a la Candelaria, nos encontrarán y los recibiremos muy bien”.

Patricia López Lara demuestra que la vida y el arte se entrelazan con la comunidad: cada pincelada y cada esfuerzo colectivo teje memoria, fortalece la participación y siembra los sueños de futuras generaciones. Su experiencia muestra cómo el arte puede transformar la realidad y cómo cuidar, acompañar y compartir se convierte en un acto de resistencia social. Como ella misma dice, “Si se trata del legado, la palabra que utilizamos más a menudo los seres humanos es el amor”, recordándonos que los vínculos afectivos sostienen cualquier proyecto colectivo. Con estas palabras, comparte su deseo de que surja una comunidad donde “nos amemos, nos respetemos, nos cuidemos, y demos más importancia a la vida que al dinero”, un llamado a vivir con conciencia, cuidado y solidaridad. En ellas se encuentra la esencia de su obra: un arte que se ve, se siente, une y deja semillas de humanidad en cada corazón que toca.

¿Dónde encontrarla?

Instagram @PintaPluma
Facebook Estudio Pinta Pluma

Edición Especial - 2025

Liliana Gaviria: tejiendo sueños y transformando comunidad desde la cocina de Casa B

Liliana Gaviria transformó una herencia de solidaridad familiar en un proyecto comunitario en el centro del barrio Belén. Desde 2012 dirige el Círculo Mujeres Aisha en Casa B, un espacio donde se entrelazan la cocina, la memoria y la sororidad para consolidar el cuidado mutuo, la autonomía económica y la seguridad alimentaria. Su historia demuestra que un acto cotidiano, como preparar y compartir alimentos, puede convertirse en motor de esperanza y resistencia colectiva.



El camino hacia Casa B

Liliana ha vivido en Belén por más de 28 años. Llegó con su hijo mayor, y aquí nacieron sus otros hijos. Desde joven trabajó vinculada a la alimentación: primero con un pequeño puesto de arepas, luego en diferentes iniciativas comunitarias. Para ella, el alimento no es solo sustento, sino una forma de alegría y cuidado, un medio para sostener vínculos y hacer felices a quienes la rodean.

“Mi mamá siempre hacía comida de más, invitaba a la gente. Yo entendí que compartir el alimento era una manera de cuidar”, recuerda Liliana. Ese gesto sembró en ella la convicción de que la cocina podía ser un lugar de encuentro, un espacio donde las relaciones se fortalecen y las personas encuentran sentido en la convivencia.

En 2012 llegó a Casa B, un laboratorio de ideas donde confluyen memoria histórica, arte y soberanía alimentaria. En 2019 impulsó el Círculo Mujeres Aisha, una red de mujeres que se sostiene en tres pilares: enaltecimiento del espíritu femenino mediante actividades propias del grupo, autosostenibilidad económica a partir de trabajo digno y economía solidaria, y trabajo comunitario, especialmente visible durante la pandemia con la entrega de más de 800 mercados y la organización de ollas comunitarias.

Lo que comenzó como un pequeño círculo de confianza se consolidó en un movimiento que articula a decenas de mujeres. **“Nosotras aquí nos cuidamos entre todas. Si una no puede, otra la reemplaza; si una está mal, la acompañamos. Eso es sororidad de verdad”,** afirma.



La cocina Isha: alimento como acto político

La cocina comunitaria Aisha es un eje central de la vida en Casa B. Los vecinos pueden inscribirse en la cooperativa y acceder a un plato de comida por 8.000 pesos, contribuyendo con talleres, huerta o colaboración en la cocina. También existe un plato solidario de 16.000 pesos, destinado a subsidiar a quienes pagan menos.

“Los dos platos son iguales, nutritivos, deliciosos y preparados con mucho amor. Aquí no hay diferencias”, explica Liliana, enfatizando que la equidad es fundamental en el proyecto.

Para ella, cocinar es un acto político. **“No se trata solo de llenar la barriga; se trata de dignidad, de saber que quien se sienta a la mesa recibe un alimento justo, hecho con cuidado”,** dice con firmeza.

La cocina Aisha articula los demás programas de Casa B, integrando alimentación con educación, memoria e innovación social, y convirtiéndose en un espacio donde la vida comunitaria se materializa día a día.

Laboratorios de memoria y aprendizaje

El trabajo con niñas y niños se desarrolla en la **Biblioteca del Dragón**, con sesiones los miércoles y sábados, coordinadas por Nicolás Gori y apoyadas por practicantes de varias universidades. La **Cine Huerta**, que se prepara para reabrir, combina cineforos, bebidas calientes y crispetas, generando un espacio de encuentro entre arte, aprendizaje y recreación.

El **Laboratorio de Innovación Social**, en alianza con el País Vasco, permite mapear organizaciones y explorar nuevas estrategias de acción comunitaria mediante la metodología de prueba y error. Esto fortalece redes existentes y abre posibilidades para futuros proyectos, siempre con el objetivo de potenciar la participación y el cuidado mutuo en el barrio.

“Aquí todo se construye colectivamente, probando, equivocándonos y volviendo a intentar. La innovación también es un ejercicio comunitario”, señala Liliana.

Sororidad y cuidado mutuo

El Círculo Mujeres Aisha refleja un aprendizaje profundo sobre la sororidad. Las mujeres del grupo se apoyan mutuamente en todas las tareas, reemplazándose cuando es necesario y acompañándose en los desafíos personales.

Liliana enfatiza que el cuidado al cuidador es clave, recordando experiencias personales al apoyar a su madre y su familia. **“Si una no está bien, no puede cuidar a los demás. Por eso el círculo también se ocupa de nosotras mismas”,** explica.

El grupo combina actividades de fortalecimiento femenino con autosostenibilidad económica y trabajo con la comunidad, generando un espacio donde la cooperación y la solidaridad se traducen en acciones concretas.

Trabajo digno y sostenibilidad económica

El equipo trabaja también para consolidar empleos formales en la localidad, priorizando habitantes de los barrios vecinos. La economía solidaria que sostiene el proyecto busca ofrecer estabilidad, seguridad social y reconocimiento.

“El sueño es que la cocina cooperativa funcione a largo plazo, no solo para sostenernos nosotras, sino para generar oportunidades de empleo en el barrio”, sostiene Liliana, convencida de que la acción comunitaria puede ser un motor de desarrollo económico y social.

Liliana quiere dejar grabadas para quienes se acercan al proyecto palabras que guíen su accionar: respeto, amor, paciencia, sororidad, lealtad y sinceridad. **“Somos una familia; todo lo que hacemos está hecho con amor, y no es palabrería barata, es real”,** afirma con convicción.

Su legado inspira y fortalece el compromiso colectivo, dejando enseñanzas valiosas para nuevas generaciones que se acercan a Casa B y participan en estos proyectos.

Bailar para sanar: la fuerza de Las Perlas del Ritmo

En el barrio Belén, en La Candelaria, cada jueves por la tarde un grupo de mujeres adultas mayores se reúne para bailar. Lo que empezó como un espacio sencillo para distraerse de la rutina se transformó en un colectivo de arte y resistencia: Las Perlas del Ritmo, bajo la dirección de la profesora Jenny Quintero, han encontrado en la danza salud, alegría y una familia que las sostiene frente a la soledad, el duelo y la depresión.

El origen de un sueño

“Hace casi veinte años vimos la necesidad de rescatar al adulto mayor de la depresión, de la soledad, de los problemas familiares. Así nació este grupo, como un lugar para venir a divertirse, reírse y olvidarse de lo triste”, recuerda Jenny Quintero, fundadora y directora del colectivo.

Los primeros encuentros no tenían la intención de formar un cuerpo de baile. Eran ejercicios suaves, juegos, canciones que sonaban más como excusa para compartir que como una meta artística. “No era aprender pasos, era pasarla bien. Y ellas mismas fueron sintiendo la necesidad de quedarse, de mantener el grupo, de convertirlo en su familia”, explica Jenny.

La danza como medicina

El impacto de la danza en sus vidas fue notorio. Jenny lo define con claridad: “Cada coreografía es gimnasia para la memoria, ejercicio para el cuerpo y también terapia colectiva, porque aquí se ríen, se acompañan y se reconocen como valiosas”.

Soledad Bermúdez recuerda cómo ha sido para ella pertenecer al grupo: “Mi experiencia ha sido muy bonita, uno a esta edad debe estar en estos grupos para divertirse y cambiar de experiencias. Me hace feliz estar con mis compañeras y cambiar de ambiente, olvidarse un poquito que a esta edad le duele a uno todo”.

María Carlina Veloza Ariza, también comparte cómo la danza ha cambiado su vida: “Sufrí una depresión terrible. La psicóloga me dijo que nunca dejara de hacer lo que más me gustaba: bailar y reír. Gracias a eso me recuperé”.

Para Cleotilde Ángel Pinzón, el movimiento se convirtió en un oportunidad de alejarse del estrés: “La danza es saludable, ahora tengo más energía, más salud. Cuando uno está sola en la casa deprimida, uno para salir busca estar en comunidad, a mí me trajo una compañera. Ahora puedo salir, antes no tenía ganas, soy viuda y mi mamá también falleció, gracias a este espacio ahora me siento más segura y en un mejor ambiente, ahora tengo con quién hablar”.

Martha Isabel Hernández lo vivió tras una pérdida: “Entré porque había fallecido mi mamá y mi hija se fue para Estados Unidos. Estaba sola, deprimida. Aquí encontré apoyo, compañía, alegría. La profe Jenny me abrió las puertas y eso me salvó”.

Un tejido de amistad y cuidado

Con el tiempo, Las Perlas del Ritmo dejaron de ser únicamente un grupo de baile para convertirse en una red de apoyo. Sarita Barbosa Rocha, una de las más recientes en llegar, lo describe así: “Siempre me gustó el baile. Aquí aprendí lo que es la solidaridad: nos ayudamos en todo. Una presta el vestuario a otra, si alguien falta la llamamos, si alguien está enferma la visitamos. Nunca estamos solas”.

Ese cuidado mutuo es parte esencial de su identidad. Carmenza Bonilla lo expresa con alegría: “Es bueno para la salud, para estar en un ambiente diferente. Uno se desestresa, piensa en cosas positivas, hace amigas. Y cuando bailamos en público sentimos que mostramos que sí podemos, aunque seamos adultas mayores”.

Jenny lo reafirma con orgullo: “Ellas son un referente porque muestran que el arte no tiene edad. Son un ejemplo para las más jóvenes, un mensaje de que siempre es posible empezar algo nuevo”.

Bailar para sanar

El repertorio de Las Perlas del Ritmo es un viaje por las músicas tradicionales: cumbia, pasillo, bambuco, porro. Para ellas, esos bailes son mucho más que entretenimiento. María Inés González de Rondón lo explica: “Son los ritmos de nuestras abuelas, de nuestras fiestas de pueblo. Eso también es memoria”.

María del Carmen Bonilla añade: “Cuando bailamos no solo nos movemos nosotras, también se mueven nuestras historias. Recordamos lo que fuimos, lo que nos enseñaron, lo que queremos dejar”.

Jenny lo conecta con la pedagogía de la memoria: “El cuerpo guarda recuerdos. Cada paso es un archivo vivo. Bailar es una manera de mantener esas memorias circulando en la comunidad”. La danza, además de alegría, les ha traído salud y memoria “Como somos adultas mayores, a veces la memoria se va perdiendo. El obligarse a recordar una coreografía ayuda a que su cerebro se mantenga activo. Además, bailar la música que conocen desde niñas es también rescatar la tradición y el folclor”.

Resistir con alegría

A lo largo de los años, Las Perlas del Ritmo también enfrentaron prejuicios. “Al comienzo nos decían: ‘¿Y esas viejitas qué hacen bailando?’”, recuerda Luz Esperanza Álvarez. “Pero seguimos adelante porque sabemos que lo que hacemos tiene valor. Es importante tener espacios como este para la parte mental, para estar ocupada y en sociedad. Soy cuidadora de un niño especial y me gusta participar con mi hijo dónde pueda estar. La danza ha sido importante para tener una vida llevadera”.

Rosa María Galvis Álvarez lo define como un acto de resistencia: “Esto es un estímulo para no quedarnos en la casa haciendo oficio o viendo televisión. Aquí nos sentimos libres, empoderadas, vivas. Resistir es reír, moverse, mostrar que la edad no nos quita la fuerza”.

María Palacio Castellano lo dice con entusiasmo: “Tengo más de veinte años en las danzas. A mí me fascina bailar. Seguiré aquí mientras tenga vida, porque esto me mantiene feliz”.

Jenny sintetiza esa fuerza en una frase que la emociona: “Ellas son artistas de la vida. Cada ensayo desafía la idea de que las mujeres mayores deben quedarse calladas y quietas. Ellas dicen lo contrario: aquí estamos, bailando, vivas, presentes”.

Identidad y dignidad

Uno de los aprendizajes más importantes de este proceso ha sido la forma en que se nombran a sí mismas. María Carlina lo enfatiza: “Nosotras no somos abuelitas: somos mujeres adultas mayores, activas y llenas de vida”.

Para Silvia Lozano, esa afirmación tiene que ver con libertad: “Cuando bailo siento que nada me ata. Esto me mantiene joven de espíritu”.

Cleotilde Ángel lo resume en que: “El cuerpo envejece, pero el alma bailando se mantiene viva”.



El arte de permanecer vivas en movimiento

Hoy, Las Perlas del Ritmo reúnen a más de una docena de integrantes: María Soledad Oliva Bermúdez, María Carlina Veloza Ariza, María Inés González de Rondón, Rosa María Galvis Álvarez, Silvia Lozano Valencia, Cleotilde Ángel Pinzón, Martha Isabel Hernández, Luz Esperanza Álvarez, Sarita Barbosa Rocha, María del Carmen Bonilla y María Palacio Castellano. Todas se reconocen como *tejedoras de sueños candelarios*, un título que refleja lo que han construido con cada paso: nuevas esperanzas, memorias vivas y lazos comunitarios que sostienen la vida en común.

Jenny lo dice con orgullo: “Ellas mismas lo afirman: aquí no piensan en enfermedades ni dolores, aquí se sienten vivas. Yo solo acompaño el proceso, pero la verdadera fuerza está en ellas, en sus risas, en sus pasos, en su alegría de existir”. Para la profe Jenny, ser directora de Las Perlas del Ritmo es un orgullo inmenso: “Yo siempre les digo que soy la mamá, entonces todo lo que hacen mis hijitas para mí me llena de orgullo. Me siento feliz cuando están en un escenario y el público las aplaude. Eso ya es una ganancia inmensa”.

Después de casi dos décadas, Las Perlas del Ritmo siguen presentándose en diferentes escenarios, llevando su mensaje de vida digna, arte y resistencia. Como repiten en cada ensayo: “Bailar es lo que nos mantiene de pie”.

Encuentra más: @perlasdelritmo

Edición Especial - 2025

La risa, la memoria y el cuidado como hilos de resistencia en La Candelaria

En el corazón de La Candelaria, donde las paredes coloniales guardan ecos de luchas e historias, vive Bertina Calderón Arias. Trabajadora social, feminista y lideresa comunitaria, ha dedicado más de 30 años al activismo en el territorio, acompañando a mujeres, jóvenes y comunidades en procesos de cuidado y organización. A sus 65 años, sigue convencida de que la transformación social comienza en lo cotidiano y que la risa, el arte y la sororidad son herramientas políticas tan potentes como cualquier discurso.

Su relato, profundo y cargado de anécdotas, revela cómo el activismo comunitario es también arte político. “Las mujeres somos sujetas de derechos... transformadoras desde la conciencia”, afirma con convicción, mientras explica que su vida ha sido un tejido constante de servicio, rebeldía y esperanza.

Infancia de rebeldía, semilla de liderazgo

Bertina recuerda con claridad los primeros gestos que marcaron su destino, “**Desde los cuatro años ya era una niña rebelde, sensible y crítica**”, dice entre risas. Sus maestras, lejos de reprimirla, le enseñaron que esa rebeldía podía canalizarse como servicio a los demás y fue ese, el inicio de una pedagogía de la sensibilidad que se convirtió en la base de su liderazgo. “**El liderazgo no es protagonismo, es servicio colectivo**”, repite con firmeza, recordando que esa enseñanza temprana marcó su manera de comprender la política y la comunidad. Desde pequeña supo que no quería encajar en moldes, y que su voz debía ser usada para cuestionar y proponer.

Su recorrido la llevó a la acción comunitaria, primero como trabajadora social y luego, como feminista convencida de que el cambio comienza en lo cotidiano, “**No se trata solo de ayudar, sino de transformar**”, afirma. La Candelaria se convirtió en su territorio de acción, allí ha acompañado a mujeres que cargan con historias de exclusión, enseñándoles a reconocerse como sujetas de derechos.

En ese tránsito, pasó a la pedagogía política, explica, “**Nuestra tarea no es suplir necesidades, sino generar conciencia**”. Es esa conciencia la que, según ella, les permite a las mujeres construir caminos de autonomía. Cada taller, cada círculo de palabras, es una oportunidad de despertar preguntas y sembrar confianza. “**Hay que volver a escuchar a las abuelas, porque ahí está la sabiduría que nos sostiene**”, señala que cuidar la vida también implica cuidar las raíces culturales y espirituales que dan sentido a la resistencia.

El cuidado como economía invisible

Uno de sus ejes de trabajo es la economía del cuidado, ante la cual, Bertina insiste en que no puede seguir siendo invisible: “**El cuidado es trabajo reproductivo que sostiene la sociedad. Debe reconocerse como pilar económico**”.

Es por lo anterior, que en sus talleres invita a las mujeres a calcular cuánto costaría el trabajo doméstico y de cuidado si se pagara en el mercado. “**Las cifras son enormes. Lo que hacemos mantiene en pie la vida y también la economía formal**”, señala. Para ella, reconocer ese valor es el primer paso hacia la dignidad y destaca, que en tiempos de crisis, cuando todo parece detenerse, son las cuidadoras quienes mantienen la vida en movimiento.

Memoria: raíces que sostienen futuro

En el corazón del activismo de Bertina **habitan los recuerdos colectivos**, un territorio que considera vital para no caer en el olvido. “**Nos arrancaron las raíces y hoy nos venden amnesia. Por eso la memoria es resistencia**”, sostiene con firmeza.

Su apuesta ha sido rescatar lo que se quiso borrar: relatos de mujeres mayores que narran cómo se organizaban en el barrio, bordados comunitarios que marcan territorios, murales feministas que convierten las paredes en archivos de lucha de la historia. Cada acción, explica, es un **acto contrahegemónico**, un desafío al olvido impuesto.

Para Bertina, la memoria es, en sus palabras, “**un cimiento sobre el que se construyen identidades nuevas y futuros colectivos**”. Reconoce que sin ella no hay pertenencia, y sin pertenencia no es posible construir comunidad. Por eso insiste en que recordar no es quedarse atrás, sino recuperar la fuerza de quienes caminaron antes para abrirle paso a lo que está por venir.

La risa como terapia y revolución

La defensa de la risa como una práctica política es uno de los rasgos más característicos de Bertina, ya que sostiene que “**la risa desarma el machismo**”. “**La risa es resistencia y terapia**”. Por esta razón, ha promovido espacios de risoterapia en los que el humor y la risa se transforman en lenguajes de curación colectiva.

“**La sororidad no es un concepto teórico, sino práctico. Tejer redes y reír juntas es un acto de rebeldía**”, aclara. Desde su punto de vista, la alegría compartida es un poderoso instrumento contra la opresión. Para ella, el humor es un tipo de pedagogía porque enseña que resistir no tiene que ser siempre doloroso, sino que puede ser también una razón para celebrar.

“La sororidad no es un concepto teórico, sino práctico. Tejer redes y reír juntas es un acto de rebeldía”

Su labor no ha estado exenta de dificultades. Los mandatos culturales y las cadenas históricas pesan en la cotidianidad, pero Bertina confía en que con paciencia y creatividad es posible transformarlos. “**Enseñamos autonomía a mujeres que fueron educadas para la dependencia**”, resalta con firmeza.

Para ello ha impulsado espacios de reflexión colectiva, talleres donde las mujeres revisan sus historias personales y construyen nuevas formas de reconocerse como sujetas de derechos. También ha promovido el bordado y el arte comunitario como caminos para convertir la memoria en resistencia política. Son procesos lentos, pero consistentes, donde cada avance, por pequeño que parezca, representa una ruptura con siglos de opresión.



Mensaje a las nuevas generaciones

Al hablar de futuro, Bertina es clara: “**A las nuevas generaciones les digo: sean auténticas. No pierdan sus raíces. La memoria es identidad y la identidad es fuerza**”. Les recuerda que su camino no será fácil, pero que el cuidado, la risa y la colectividad son hilos con los que siempre podrán sostenerse.

Con emoción, añade: “**Las arrugas no son señales de vejez, sino mapas de victorias ganadas**”. En esa oración resume su perspectiva de la vida, una batalla constante, pero también un ámbito de dignidad y felicidad. Su consejo es sencillo y profundo: valorar lo que somos para, a partir de ahí, cambiar lo que nos rodea.

Una de sus mayores preocupaciones es la necesidad de acompañar a niñas y jóvenes en los procesos de liderazgo. “**Las nuevas generaciones tienen que tener referentes, alguien que les diga que sí se puede**”, asegura. Por eso ha promovido encuentros intergeneracionales donde la experiencia de las mayores se encuentra con la fuerza de las más jóvenes, generando continuidad en las luchas comunitarias.

En La Candelaria, sus procesos se entrelazan en un telar colectivo que conecta a generaciones de mujeres, bajo la certeza de que la política empieza en lo cotidiano: en cómo cuidamos y cómo resistimos juntas.

Su historia es la de una mujer que ha transformado la rebeldía en un camino de liderazgo, quien tiene presente, con cada puntada y risa, que lo cotidiano puede ser la semilla de una transformación colectiva. De este modo, su voz se convierte en un llamado a las jóvenes: ser libres, mantener viva la memoria y sostenerse unas a otras en la perseverancia colectiva.



Edición Especial - 2025

El poder colectivo del cuidado

A los 55 años, Luz Marina Gamboa se reconoce como madre cuidadora en La Candelaria, la localidad que ha sido su hogar y su escuela. Entre el cuidado cotidiano y el liderazgo comunitario ha tejido un camino que enlaza redes de mujeres, rescata memorias de sabores ancestrales y crea proyectos que ofrecen un respiro en medio de la rutina.

El inicio de un camino como madre cuidadora

Luz Marina ha vivido siempre en La Candelaria, territorio al que le guarda un cariño profundo: **“He vivido aquí siempre en la Candelaria, tengo un arraigo y un amor por esta localidad que me ha dado tanto”**, afirma. Ese lazo con el lugar se convirtió en la base de su compromiso social.

La maternidad la acercó a realidades que marcaron su vida. **“Es muy difícil uno convertirse en madre cuidadora sin un previo aviso, porque cuando llega, llega sin avisar”**, recuerda. Durante cuatro años acompañó a su hijo en el colegio, enfrentando barreras en salud, educación y transporte que la sensibilizaron frente a las dificultades de muchas familias. Esa experiencia fue el motor para abrirse a la comunidad.



No fue un camino solitario. **“Las personas, mi hijo, la comunidad me hicieron empezar a hacer este proceso”**, dice. Desde entonces, cada paso ha estado marcado por la escucha y el deseo de aprender. Su curiosidad la llevó a acercarse a las Manzanas del Cuidado, donde encontró un espacio de acompañamiento integral: **“Hace cuatro años empecé a asistir a escuchar el sistema de cuidado, me gustó mucho y empecé a ir a estas reuniones para ver qué me ofrecían”**. Allí comprendió que cuidar también es compartir y construir juntas.

Al mismo tiempo, se reconoció como una mujer con sueños y proyectos propios: **“Poseo una mentalidad emprendedora y me encanta liderar procesos de innovación con enfoque de género en La Candelaria. Disfruto la ideación y la producción de conocimiento al estudiar y experimentar recetas ancestrales indígenas y compartir con mi familia en la vida cotidiana. Me fascina viajar y conocer otros territorios, otros lenguajes, otros climas, otras experiencias empresariales lideradas por mujeres”**.

Tejiendo redes de mujeres

Ese aprendizaje pronto se convirtió en acción colectiva. En la Red de Mujeres Productoras de La Candelaria, Luz Marina encontró un espacio donde la sororidad se vive en lo cotidiano y se traduce en organización. **“Hemos aprendido a caminar juntas, a trabajar unidas, a empoderarnos, a mostrar lo que sabemos. Somos mujeres adultas, con muchos saberes, y queremos que la ciudad lo reconozca”**, afirma.

Uno de los proyectos más significativos fue el **Semillero de Mujeres: Fomentar Vidas y Esperanzas**, que reunió a setenta participantes en talleres de intercambio. **“Allí estuvimos enseñando lo que sabíamos. Para muchas fue una terapia, para otras un emprendimiento, y para todas una oportunidad de creer en nosotras mismas”**, recuerda Luz Marina.

En ese espacio, las mujeres compartieron recetas, oficios, manualidades y proyectos personales, descubriendo que enseñar también era una manera de sanar. Lo que empezó como un ciclo de talleres se transformó en un escenario de confianza mutua, donde cada encuentro fortalecía la autoestima y abría nuevas posibilidades de vida.

La Red también se consolidó como plataforma de visibilización en ferias, encuentros comunitarios y actividades culturales del centro de Bogotá. Estos escenarios han permitido que sus productos circulen, que sus saberes obtengan reconocimiento público y que nuevas generaciones se acerquen a prácticas antes invisibles. En palabras de Luz Marina, cada mercado y cada muestra cultural son una forma de demostrar que el conocimiento de las mujeres sostiene a la comunidad.

Así, la Red reúne a sus integrantes en talleres y abre caminos de participación en la vida económica, cultural y política de la localidad. Para Luz Marina, este proceso es prueba de que la organización y el aprendizaje compartido pueden renovar el tejido social.

Los sabores como memoria viva

En 2020, en medio de clases de matemáticas, risas y terapias ocupacionales junto a su hijo Juan José, nació **Los Sabores de La Pola**. No surgió como un negocio, sino como una propuesta cultural y comunitaria que recupera recetas tradicionales mientras genera ingresos.

Los Sabores de La Pola tiene impronta femenina y se consolidó como una Cocina **Laboratorio Indígena y Campesina**, donde se experimenta con procesos ancestrales de elaboración y conservación. Allí la chicha, el masato, el chocolate, el café y los amasijos cundiboyacenses se reconocen como patrimonio intercultural de La Candelaria.

“Cocinar es mi manera de contar quién soy y de dónde vengo”, afirma Luz Marina. Cada receta se convierte en un relato, cada preparación en un acto de resistencia frente al olvido. Su propuesta muestra que las tradiciones alimentarias son parte del patrimonio vivo y que la cocina puede ser un espacio de creación, sanación y liderazgo capaz de transformar realidades.

Respirar también es cuidar

En 2023, Luz Marina llevó al Presupuesto Participativo una idea nacida de su vida cotidiana como madre cuidadora y de su participación en el Consejo Local de Discapacidad. La llamó Viaje al Respiro, y la comunidad de La Candelaria la priorizó como proyecto ganador. **“Esta propuesta nace de la experiencia cotidiana con mi hijo y también como un producto del proceso de participación, durante dos años, del Consejo Local de Discapacidad”**, explica.

La iniciativa organizó una salida pedagógica y ludo-terapéutica para personas con discapacidad y sus cuidadores. **“La idea era sacarlos de la rutina, llevarlos a la naturaleza, darles un día de descanso. Porque quienes cuidamos también necesitamos respirar”**, afirma. La jornada incluyó caminatas por el bosque, baños en aguas medicinales y actividades guiadas por profesionales. **“Queríamos que, al menos por un día, dejaran atrás el estrés y tuvieran otra mirada de la vida”**, recuerda Luz Marina.

El Viaje al Respiro se convirtió en un espacio de dignidad y bienestar en medio de la exigente rutina del cuidado. Dar pausas a quienes cuidan es también una forma de justicia para las familias que sostienen la vida todos los días.

Memoria y futuro compartido

Luz Marina reconoce que su liderazgo está ligado a la memoria histórica de las mujeres de La Candelaria. **“Se agradece mucho a estas mujeres que iniciaron, que se reunían a hablar en cualquier sitio, en proyectos, emprendimientos. Todo ese trabajo de esas mujeres y esa memoria que nosotros tenemos de ellas, poderla seguir manteniendo y sostenerla cada vez más fuerte”**, afirma.

Aprender de la comunidad ha sido clave en su proceso: **“He aprendido escuchando, observando, compartiendo. La comunidad ha sido mi escuela”**. Y reconoce que ese recorrido no lo ha hecho sola: **“Todo este proceso de liderazgo y de creación e innovación se ha dado con la compañía y el amor de mi familia, quien ha sido generosa con sus ideas, tiempos y experiencias”**.

Hoy, Luz Marina mira lo recorrido con gratitud. Reconoce en la Red de Mujeres Productoras un espacio que ha materializado sueños colectivos y envía un mensaje a las mujeres que la leen: **“Gratitud a la Red de Mujeres Productoras por materializar sueños colectivos. Y a todas les digo que no abandonen sus sueños, porque lo que parece loco hoy, mañana puede transformar la comunidad”**.

La historia de Luz Marina muestra que la memoria es fuerza que organiza, que los sabores son relatos que resisten al olvido y que la unión de las mujeres puede transformar territorios y abrir nuevas formas de soñar y vivir en comunidad.

Encuéntrela en redes como **@reddemujerespye**

Edición Especial - 2025

Bancada de Mujeres de La Candelaria: mujeres que impulsan nuevas formas de participación

La Bancada de Mujeres, una iniciativa impulsada por la Secretaría Distrital de la Mujer con el propósito de fortalecer el liderazgo femenino en las áreas social, política y comunitaria, se estableció en La Candelaria en octubre de 2024. Con el objetivo de visibilizar sus luchas, combatir la violencia política y generar oportunidades para tener una participación más equitativa en las decisiones locales, un grupo de mujeres se ha unido.

Un espacio para todas

La creación de la bancada responde a una necesidad histórica puesto que, si bien las mujeres de La Candelaria habían participado en procesos socioculturales, carecían de un espacio articulador que recogiera sus voces en la esfera de la política local. Fue así, tras el lanzamiento oficial en octubre de 2024, que el proceso se consolidó bajo la coordinación de la edilesa Ginna Quiroga, la única representante femenina en la Junta Administradora Local (JAL).

El camino no ha sido sencillo. La desigualdad de género, la violencia política y las limitaciones económicas siguen presentes en el día a día de las lideresas. Sin embargo, el trabajo colectivo les ha permitido avanzar en procesos de formación, incidencia y articulación que hoy son una referencia para la localidad.

La Bancada ha definido cuatro ejes programáticos: **salud para las mujeres**, con jornadas de atención, salud mental y prevención; **participación política**, a través de talleres de liderazgo y apoyo a quienes quieren llegar a espacios de decisión; **violencia contra las mujeres**, con socialización de leyes y estrategias colectivas para enfrentarla; e **independencia económica**, fortaleciendo el emprendimiento y la articulación con redes productivas. Este último eje, señalan, les da la libertad para tomar decisiones y la fuerza necesaria para sostener sus luchas.

“Todas las mujeres estamos llamadas a hacer parte de la bancada, porque cada una lidera desde su hogar, su comunidad o su oficio. No se trata sólo de política electoral, sino de actos políticos de las mujeres”, afirmó la Edil durante el encuentro

Desde entonces, las reuniones mensuales en el Salón de la Democracia de la Alcaldía local han sido escenario para discutir temas como la violencia política, la salud comunitaria e incluso, la autonomía económica de las mujeres. Estos encuentros han permitido construir un espacio seguro, donde lideresas de distintos sectores comparten experiencias y se reconocen como protagonistas de la transformación social proyectándose así, como una semilla de esperanza para todo un país.

Los testimonios de las participantes muestran la diversidad y riqueza de la bancada, Erika Lozano, lideresa comunitaria, hace un llamado a no limitar la representación al ámbito electoral: “**No tengamos temor a ocupar un cargo. La representación también está en el servicio social, en el servicio comunitario. Esa vocación de servir es política en sí misma**”.

Por su parte, Bertina Calderón recuerda la fuerza transformadora de la presencia femenina en escenarios políticos: “**Una mujer en la política cambia a la mujer, pero muchas mujeres en política cambiamos la política**”.

“Una mujer en política cambia a la mujer, pero muchas mujeres en política cambiamos la política”

Edel Ramírez, con más de dos décadas de trabajo voluntario, manifiesta su deseo de seguir marcando un precedente sin importar los obstáculos, “**Quiero dejar a las futuras generaciones un legado de transparencia y respeto. A pesar de las caídas, sigo convencida de que servir a la comunidad es el camino**”.

Otras lideresas como **Lorena Cárdenas** reconocen las resistencias internas que han ralentizado el proceso, pero destaca que ya cuentan con un plan de acción concreto que incluye la autonomía económica, el derecho a la salud y la lucha contra la violencia de género. En la misma línea, **Nelly Contreras** hace énfasis en que la transformación solo será posible con una política transparente, enfocada en la comunidad. “**No nos dejemos manipular ni vender. La política debe ser honesta y real, de cara a la gente**”, afirma.



“No nos dejemos manipular ni vender. La política debe ser honesta y real, de cara a la gente”

Si bien este proceso es reciente, la bancada ya ha logrado consolidar un espacio de encuentro autónomo y transversal. Entre sus principales avances se destacan: **Socialización de leyes** sobre violencia política hacia las mujeres, jornadas de salud para las mujeres; **Redes de apoyo**, que agrupa a artesanas, líderes y emprendedoras; La creación de un **plan de acción** con ejes en participación política, violencia hacia las mujeres e independencia económica; intervención en la salud mental en talleres de formación con entes del orden nacional.

Más allá de lo institucional, la identificación de diversos liderazgos ha tenido el impacto más importante. Desde quienes están involucradas en la conciliación en equidad y la justicia de paz, hasta las que fomentan iniciativas de agricultura urbana, cada una de ellas cuenta con un espacio donde su voz es escuchada. Sin embargo, el camino no está exento de dificultades; algunas mujeres líderes reconocen que la participación continúa siendo intermitente y que se necesita una mayor apropiación de la comunidad. Asimismo, es necesario establecer vías de comunicación estables, como las redes sociales y los medios digitales, para alcanzar a un mayor número de mujeres.

En palabras de **Lucetty Rojas**, la clave está en la formación, afirma que “**Para poder ejercer con autonomía necesitamos capacitarnos, educarnos y fortalecernos profesionalmente. Solo así lograremos ocupar espacios que históricamente han sido negados a las mujeres**”.



La bancada también busca abrir puertas para las nuevas generaciones, ofreciendo talleres y espacios de formación que permitan a más jóvenes participar en política y liderazgo comunitario. Tal como expresó **Blanca Palacio**, “**estos espacios no requieren títulos ni cargos, sólo la intención de transformar nuestro territorio**”.

“Estos espacios no requieren títulos ni cargos, sólo la intención de transformar nuestro territorio”

La Bancada de Mujeres de La Candelaria se ha vuelto un laboratorio participativo que reúne diversos caminos de vida con un propósito compartido: cambiar la política local a través de la inclusión y la equidad. Su fortalecimiento es un avance hacia una democracia más cercana a la ciudadanía, con la certeza de que la política no se limita a partidos, sino que se construye diariamente desde la comunidad. El reto, como lo señalaron varias de sus integrantes, será mantener la unidad, superar las resistencias y garantizar que las propuestas se conviertan en acciones tangibles. Pero la esperanza está sembrada, como menciona Edel Ramírez, “**Si las mujeres nos unimos, podemos cambiar el rumbo de este país. Colombia merece una política transparente, humana y libre de violencias**”.

“Si las mujeres nos unimos, podemos cambiar el rumbo de este país. Colombia merece una política transparente, humana y libre de violencias”

La Bancada de Mujeres de La Candelaria demuestra que la política se construye también desde los barrios, las plazas y los oficios cotidianos. Más que ocupar curules, estas mujeres han abierto un camino donde la voz femenina es motor de cambio. En esencia, la bancada es una apuesta por la equidad y la transparencia; una manera de recordar que el liderazgo femenino es una fuerza capaz de transformar comunidades enteras. El reto, por otro lado, consiste en mantener este impulso y expandirlo más allá de los límites, para que la voz de las mujeres continúe guiando el rumbo de una política realmente inclusiva.



Edición Especial - 2025

Acordes de resistencia: la fuerza femenina del rock en la Candelaria

Entre las guitarras eléctricas que estremecen bares y los ecos de la memoria popular, Viviana Jazmín Orbes Lombana —conocida como Vivi Orbes— se ha convertido en una voz poderosa. Músico, gestora cultural y lideresa de la Mesa del Rock, ha hecho de la música una herramienta de transformación comunitaria y al mismo tiempo, una bandera para reivindicar el papel de las mujeres en un género históricamente dominado por los hombres.

El primer acorde

Desde niña, Viviana encontró en la música un refugio, sus primeros pasos fueron en aulas comunitarias, donde aprendió que cada nota podía ser un puente hacia la libertad, “El rock siempre fue más que un género, fue mi forma de habitar el mundo”, recuerda con brillo en los ojos. Ese amor temprano la ha llevado a las tarimas de festivales en diferentes barrios de Bogotá y, con el tiempo, a representar a su comunidad en escenarios locales y distritales. Pero Vivi —como le dicen con aprecio— no se quedó solo en la interpretación, entendió que el arte debía trascender lo individual y convertirse en un motor colectivo.

Su recorrido la llevó a la acción comunitaria, primero como trabajadora social y luego, como feminista convencida de que el cambio comienza en lo cotidiano, “No se trata solo de ayudar, sino de transformar”, afirma. La Candelaria se convirtió en su territorio de acción, allí ha acompañado a mujeres que cargan con historias de exclusión, enseñándoles a reconocerse como sujetas de derechos.

“El rock siempre fue más que un género, fue mi forma de habitar el mundo”

Mujeres en un género de resistencia

El rock, con su rebeldía y fuerza, ha estado atravesado históricamente por una impronta masculina, pero Viviana supo abrirse camino en ese escenario. “La fuerza femenina siempre ha estado en el rock; aunque a veces incomoda, también es cuestión de mujeres”, afirma con convicción.

Además de la música, Viviana ha encontrado en la docencia y en el trabajo comunitario un escenario de aprendizaje constante. “Con los chicos uno aprende tanto como enseña, a veces llegan con miedo de tocar, pero terminan encontrando su voz en la guitarra o en el canto”, relata con orgullo. Esa pedagogía de la escucha también la ha llevado a acompañar a mujeres que ven en la música una forma de sanar y expresarse. “El rock no solo es ruido y rebeldía, también es una terapia, una manera de sacar lo que uno guarda adentro”, añade. Para ella, esos procesos de formación son tan importantes como un concierto multitudinario, porque dejan huella en la vida cotidiana de las personas.

Su trayectoria es también un testimonio de resistencia contra los prejuicios de género, y contra la precariedad que enfrentan los artistas locales para poder participar en espacios locales e incluso, poder tener mayor visibilidad. Es por esta razón, que con el apoyo de otras mujeres del medio ha impulsado la visibilidad de bandas femeninas y mixtas, demostrando que el rock no tiene dueño ni fronteras.

Es así como en la Mesa del Rock, un espacio de articulación cultural en Bogotá, su voz ha sido determinante para abrir debates sobre la equidad de género, la financiación de proyectos y la democratización de los escenarios, “El arte no puede seguir siendo privilegio de unos pocos, debe ser un derecho de todos”, enfatiza.

“El arte no puede seguir siendo privilegio de unos pocos, debe ser un derecho de todos”

Para Viviana, la música nunca se ha limitado al escenario, razón por la cual ha llevado el rock a colegios, plazas y parques, convencida de que cada espacio es una oportunidad de encuentro, es así como recuerda con especial cariño un festival comunitario en el que niños de primaria terminaron coreando canciones de protesta y comenta, “Ese día entendí que sembrar conciencia es tan importante como afinar una guitarra”.

Asimismo, la recuperación de espacios públicos a través de la música se volvió uno de sus sellos. En barrios donde antes reinaba el silencio de la desconfianza, hoy suenan guitarras, tambores y voces, puesto que los proyectos que lidera han convertido esquinas olvidadas en escenarios vivos, donde la comunidad no sólo escucha, sino también tiene la oportunidad de participar.



La música como memoria y resistencia

Más allá de los acordes, Viviana entiende la música como un acto de memoria, cada festival y cada encuentro, es también un espacio para recordar a quienes han luchado por la cultura en la ciudad, “El rock tiene esa capacidad de nombrar lo que otros callan”, explica. En sus letras y en su gestión resuenan las historias de jóvenes que encontraron en la música una alternativa frente a la violencia.

Su voz también ha denunciado la precariedad que enfrentan los artistas, esto dado que, “Muchos músicos sobreviven sin contratos, sin seguridad social. Somos cultura viva, pero nos tratan como si fuéramos invisibles”, afirma con tono crítico. Por eso, desde la gestión cultural, ha promovido el fortalecimiento de políticas públicas que reconozcan el trabajo artístico como un oficio digno.

La Mesa del Rock ha sido un espacio clave en su vida; allí, Vivi gestiona e inspira, puesto que ha impulsado debates sobre la necesidad de cuotas de género en festivales y a su vez, ha defendido la inclusión de bandas emergentes, “Si no abrimos puertas a las nuevas generaciones, el rock se convierte en museo, no en movimiento”, señala.

Aunque reconoce que el camino está lleno de obstáculos, insiste en que la unión de la comunidad rockera es la clave para resistir. Su liderazgo juega un rol clave que se refleja en logros concretos tales como, la organización de festivales locales, el acompañamiento a bandas juveniles y la articulación con instituciones distritales con el fin de poder gestionar recursos.

Entre la vida íntima y la vida pública

En su cotidianidad conviven los ensayos con las tareas del hogar, las reuniones de gestión cultural con momentos de introspección, confiesa que, “Ser mujer en el rock es multiplicarse: artista, gestora, amiga, hermana, vecina. Todo al tiempo”.

Esta multiplicidad le da un tono auténtico a su liderazgo, dado que habla desde la experiencia y vivencias de compartir con su comunidad. Es por esto, que su casa muchas veces, se convierte en sala de ensayo y punto de encuentro. Allí, entre tazas de café y partituras, se gestan proyectos que luego llegan a escenarios más grandes.

A futuro, Vivi sueña con consolidar una red distrital de mujeres en el rock, un espacio de formación y apoyo mutuo que trascienda localidades, “Mi deseo es que ninguna niña vuelva a escuchar que el rock no es para ella”, dice con firmeza.

También, busca que el arte sea reconocido como una herramienta de cambio social, no como un adorno. Por lo tanto, tiene como objetivo que la política cultural de Bogotá brinde y garantice condiciones dignas para los artistas y que la comunidad continúe hallando en la música un lugar de esperanza y resistencia.

“Mi deseo es que ninguna niña vuelva a escuchar que el rock no es para ella”

La historia de Vivi Orbes es la de una mujer que convirtió el rock en grito de libertad y en abrazo comunitario. Su vida es testimonio de que la música no solo entretiene, sino que educa, recuerda y moviliza a través de cada acorde, cada festival y cada gestión, donde late la certeza de que el arte es fuerza social y política. El eco de su música continúa resonando en las tarimas y las calles de la Candelaria, donde el rock se ha convertido en sinónimo de vida, resistencia y entrelazado de comunidad.

Siga de cerca la participación y liderazgo de Viviana a través de su Instagram

@Viviorbes @Escueladelsonido

Perfiles mujeres

de sueños



Las Perlas del Ritmo

Las Perlas del Ritmo es un colectivo de mujeres adultas mayores de La Candelaria que, a través de la danza, encontraron un camino de transformación personal y colectiva. Nacido hace casi dos décadas bajo la dirección de **Jenny Quintero**, este grupo se ha convertido en un espacio de refugio, alegría y sanación para quienes buscaban superar la soledad, el duelo o la depresión.

La danza se convirtió en su medicina: las ayuda a mantener la salud física, fortalecer la memoria y compartir momentos de amistad. Para ellas, bailar significa estar vivas, reírse de nuevo y reconocerse como mujeres activas, creativas y llenas de energía.

Sus integrantes - **María Soledad Oliva Bermúdez, María Carlina Veloza Ariza, María Inés González de Rondón, Rosa María Galvis Álvarez, Silvia Lozano Valencia, Cleotilde Ángel Pinzón, Martha Isabel Hernández, Luz Esperanza Álvarez, Sarita Barbosa Rocha, María del Carmen Bonilla, María Palacio Castellano**- se reconocen como tejedoras de sueños, porque han tejido con cada paso nuevas esperanzas, memorias y lazos comunitarios.



Patricia López Lara

Patricia López Lara es artista y gestora cultural de La Candelaria. A través de la pintura y la artesanía, descubrió un camino de transformación personal que le permitió conectar su creatividad con la comunidad. Autodidacta, comenzó pintando peces y tortugas, y con el tiempo llevó su creatividad más allá del taller, plasmandola en lienzos, esculturas y en intervenciones en el espacio público, convirtiéndola en un escenario vivo de memoria y encuentro.

Para Patricia, el arte tiene un sentido profundo: “El arte es comunicación, es memoria y es resistencia”. Desde esta convicción, ha impulsado iniciativas que promueven el diálogo y la construcción colectiva. Sus procesos



Liliana Gaviria

Liliana Gaviria vive en Belén desde hace 28 años. Llegó al barrio con su hijo mayor de un año y aquí nacieron sus otros dos hijos, convirtiéndose en su hogar y en el escenario de su vida comunitaria. Desde siempre encontró en la cocina una forma de sustento, pero también una manera de generar bienestar: para ella, el alimento nutre el cuerpo y también alimenta la alegría y la unión.

En 2012 se vinculó a **Casa B**, un espacio cultural de puertas abiertas donde halló afinidad con su historia familiar: su madre, como ella recuerda, siempre cocinaba de más para compartir con los vecinos. Allí encontró el sentido de comunidad y comenzó a consolidar su liderazgo. En 2019 nació el **Círculo de Mujeres Aisha**, donde Liliana y otras lideresas fortalecieron la organización y el cuidado colectivo. Durante la pandemia coordinaron jornadas de solidaridad que llegaron a cientos de familias con mercados y ollas comunitarias, visibilizando la importancia de la **soberanía alimentaria** y del alimento como práctica de cuidado y resistencia.

Su trabajo en Casa B y en el Círculo Aisha ha estado marcado por el reconocimiento del cuidado como eje fundamental hacia la comunidad y hacia quienes cuidan. Junto a su equipo, ha construido redes de apoyo que permiten compartir responsabilidades, sostener la vida y garantizar un trabajo digno. De allí han surgido proyectos como la **cocina cooperativa**, que busca garantizar el acceso a una alimentación nutritiva y al mismo tiempo generar empleo en el barrio y en la localidad.



Mujeres de la Bancada de la Candelaria

La Bancada de Mujeres de la Candelaria es un proceso político y comunitario que nació en octubre de 2024 con un propósito claro: abrir caminos para que las mujeres de la localidad participen de manera activa en la toma de decisiones. Acompañadas por la Secretaría Distrital de la Mujer dentro de la estrategia 50/50, este espacio no responde a partidos ni colores políticos, sino al compromiso de transformar la vida cotidiana desde la voz y la experiencia de las mujeres.

Está integrada por la edileza **Gina Quiroga Gamboa**, junto a lideresas que representan la diversidad de la localidad: **Érika Liliana Lozano**, mujer de tradición y promotora de redes de apoyo; **Bertina Calderón Arias**, referente comunitaria que impulsa la participación política; **Lorena Patricia Cárdenas**, artesana e ingeniera que combina el oficio con la defensa de los derechos de las productoras; **Blanca Palacio**, comprometida con la transformación social libre de estereotipos; **Edel Saray Ramírez León**, jueza de paz y conciliadora en equidad con más de dos décadas de experiencia; **Nelly Contreras Rojas**, promotora de la transparencia y la participación; **Lucetty Patricia Rojas Pérez**, guía de turismo y pedagoga con enfoque de género; **María del Pilar Murales**, artesana y cuidadora; y **Luz marina Gamboa Lozano**, lideresa que acompaña y fortalece el trabajo territorial.

En sus encuentros, la bancada ha construido un plan de acción que articula las principales demandas de las mujeres: la autonomía económica, el derecho a la salud, la erradicación de las violencias y el reconocimiento de las mujeres como actrices políticas y sociales de la localidad. Más que un espacio de discusión, la bancada se ha convertido en un escenario de formación, sororidad y acompañamiento, donde cada voz suma para crear una agenda común.

de La Candelaria



Luz Marina Gamboa

Luz Marina Gamboa ha vivido siempre en la localidad de La Candelaria. Madre cuidadora y lideresa comunitaria, su experiencia de vida la llevó a reconocer las barreras que enfrentan muchas familias y a comprometerse con la defensa de los derechos, la inclusión y el cuidado en la comunidad.

Hace 15 años asumió plenamente el rol de cuidadora, combinando la crianza con la participación en procesos colectivos. Su liderazgo se ha fortalecido en la **Red de Cuidadoras** y la **Red de Mujeres Productoras de La Candelaria**, espacios donde ha promovido el empoderamiento femenino, la autonomía económica y la sororidad como base de la organización social.

Actualmente lidera la **Red de Mujeres Emprendedoras de La Candelaria**, desde donde impulsa iniciativas para visibilizar los talentos locales y abrir oportunidades de formación en alianza con distintas instituciones. Su emprendimiento, **“Los Sabores de la Pola”**, rescata las bebidas ancestrales y la gastronomía como prácticas de memoria, cultura y resistencia.

Para Luz Marina, el cuidado es un compromiso colectivo que fortalece el tejido social. También reivindica la importancia de la memoria de las mujeres que iniciaron los procesos organizativos en la localidad como una semilla que debe transmitirse a las nuevas generaciones.

Su mensaje refleja la esencia de su liderazgo:

“Que las mujeres crean en ellas mismas, en sus ideas y en sus sueños, aunque parezcan locos. Que no los abandonen, porque allí está la fuerza para transformar la vida y el territorio.”



Bertina Calderón Arias

Bertina Calderón Arias es lideresa comunitaria y social de La Candelaria. Su trayectoria empezó en el sindicalismo y la acción comunal, espacios que le permitieron comprender la importancia de organizarse colectivamente para transformar la vida cotidiana. Desde hace 20 años en la localidad, ha estado vinculada a procesos de mujeres, aportando a la construcción de agendas políticas y comunitarias que defienden los derechos, la equidad y la justicia social.

Desde joven se reconoció como una mujer inquieta y rebelde, con una sensibilidad social que la impulsó a participar en luchas colectivas. Para ella, el cambio no se logra con ayudas asistenciales, sino cuando cada mujer se reconoce como sujeta de derechos, capaz de transformar su realidad en colectivo y con conciencia.

Ha sido una defensora del cuidado como trabajo esencial, impulsando el reconocimiento de las labores no remuneradas como un eje fundamental que sostiene la vida y la sociedad. También resalta la importancia de la memoria y la cultura como raíces que fortalecen la identidad y permiten construir una sociedad más justa.

Su experiencia le ha mostrado que trabajar entre mujeres puede ser un desafío, pero también una oportunidad para romper con las cadenas históricas que han limitado su participación. Para Bertina, avanzar juntas significa abrir caminos de libertad y transformación social.

Con firmeza y alegría, comparte un mensaje a las nuevas generaciones:

“Crean en sí mismas, valoren lo que son, sus raíces y lo que este país nos ha dado. Sean auténticas, piensen en mejorar sus vidas y las de los demás, y nunca olviden reír: la risa es la mejor terapia para vivir bien.”



Viviana Jazmín Orbes Lombana

Viviana Jazmín Orbes Lombana, conocida como **Vivi Orbes**, es música, gestora cultural y lideresa de la **Mesa del Rock en Bogotá**. Desde niña encontró en la música un refugio y una forma de libertad, descubriendo en cada acorde una manera de habitar el mundo. Ese amor temprano por el rock la llevó a escenarios locales y distritales, pero también a comprender que el arte debía ir más allá de lo individual para convertirse en fuerza colectiva.

En un género marcado por la impronta masculina, Vivi abrió camino con convicción: *“Nos decían que el rock era cosa de hombres, pero yo siempre creí que la fuerza femenina podía rugir más alto”*. Desde entonces ha trabajado por visibilizar bandas femeninas y mixtas, cuestionando prejuicios de género y la precariedad de los artistas locales.

Su liderazgo en la Mesa del Rock ha sido determinante para abrir debates sobre equidad, democratización de escenarios y fortalecimiento de políticas públicas que reconozcan la labor artística como un oficio digno. Allí ha impulsado la organización de festivales, el acompañamiento a bandas jóvenes y la articulación con instituciones para asegurar recursos.

Vivi entiende la música como memoria y resistencia. Ha llevado el rock a colegios, plazas y parques, convencida de que cada espacio es una oportunidad de encuentro. Recuerda con especial afecto un festival comunitario donde niños de primaria corearon canciones de protesta: *“Ese día entendí que sembrar conciencia es tan importante como afinar una guitarra”*.

Entre la vida íntima y la pública, combina ensayos, gestión cultural y tareas cotidianas. Su casa se ha convertido en sala de ensayo y punto de encuentro, un espacio donde nacen proyectos que luego recorren escenarios más grandes. Con autenticidad y cercanía, ha hecho de su liderazgo un puente entre la música y la comunidad.

A futuro, sueña con consolidar una **red distrital de mujeres en el rock**, donde ninguna niña vuelva a escuchar que este género no es para ella. Su vida es testimonio de que el arte educa, recuerda y transforma: cada festival, cada canción y cada gestión son un grito de libertad y un abrazo comunitario.

Equipo de trabajo



Agencia ImaGenia
Editor

Medio comunitario y alternativo creado en 2021 que impulsa el diálogo, la memoria cultural y el cuidado ambiental en Santa Fe y La Candelaria. A través de fotografía, video, ilustración y edición, aporta innovación y calidad en la producción de contenidos, visibilizando actores locales, recuperando la memoria histórica y promoviendo la participación activa y la responsabilidad socioambiental.



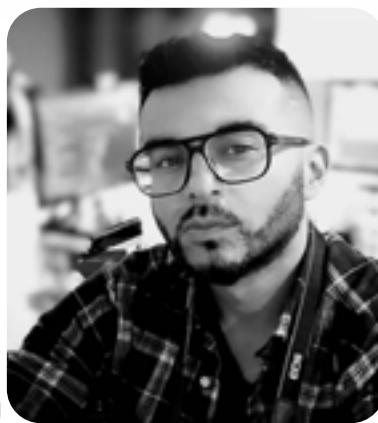
Dana Torres
Realizadora audiovisual

Comunicadora Social y Periodista apasionada por el trabajo con las comunidades y la construcción de procesos de transformación social. Comprometida con la superación personal, cree firmemente en el poder de la comunicación para inspirar cambios y abrir caminos hacia una sociedad más consciente, justa y solidaria donde cada voz tenga un lugar y cada historia pueda brillar.



Pilar Dulcey Ordoñez
Coordinadora y Productora

Educadora, Magister en periodismo cultural, gestora con amplia experiencia en procesos de comunicación comunitaria y de memoria social. Gerenta de la Corporación Ciudad Amiga, organización No Gubernamental con una trayectoria en proyectos sociales y comunitarios de 17 años.



Gabriel Prado
Community Manager- Astronomy Studio

Más de 15 años en comunicación comunitaria, alternativa e independiente. He acompañado a medios en capacitación tecnológica, implementación de redes, transmisiones en vivo (streaming) y creación de contenidos digitales para redes sociales.

Apasionado por fortalecer proyectos comunitarios con herramientas técnicas y narrativas que amplifiquen sus voces y transformen realidades.



Laura Mora
Diseñadora y Diagramadora

Diseñadora gráfica y creadora visual con 4 años de experiencia potenciando proyectos culturales mediante identidades visuales y memorias sociales, reconociendo desde el diseño identidades y contextos, además de contribuir a la construcción de identidades visuales a agrupaciones y entidades.



Leidy Yohana Luengas
Coordinadora y Productora

Comunicadora social y productora cultural con trayectoria en medios comunitarios, procesos de formación y creación de contenidos sonoros y audiovisuales. Su trabajo se centra en la participación ciudadana y en el fortalecimiento de las voces de mujeres, niñas, niños y jóvenes a través de la comunicación como herramienta de transformación social.

Créditos

"Este proyecto celebra el talento, la creatividad y la memoria de las mujeres tejedoras de sueños de La Candelaria."

BECA MÁS CULTURA LOCAL PARA MEDIOS COMUNITARIOS Y ALTERNATIVOS DE LA CANDELARIA

Del Periódico de las Mujeres en alianza con Colectivo Casamonte

Dirección y Producción:

Pilar Dulcey Ordoñez
Leidy Yohana Luengas Tarazona

Dirección y edición de video:
Agencia ImaGenia

Fotografía y grabación:
Dana Vanessa Torres Hernández
Leoncio Rincón

Diseñadora y Diagramadora:
Laura Mora

Community Manager:
Gabriel Prado- Astronomy Studio

Agradecimientos especiales:

A la comunidad de La Candelaria y a todas las personas que hacen posible este proyecto

Luces, Cámara y Comunicación

Agencia ImaGenia

Creadora Visual L. Mora

Proton Magazin

Las Perlas del Ritmo

Bancada de Mujeres de La Candelaria

Séptima Digital

Casa B

El Círculo de Mujeres Aisha

Alcaldía Local de La Candelaria

Fundacion Gilberto Alzate Avendaño

Astronomy Studio

Red de Mujeres Productoras de la Candelaria

Escuela del Sonido

CLACP de la Candelaria

Estudio Pinta Pluma

Redes sociales del proyecto:
@PeriodicoMujeres @ Colectivo_Casamonte
CORPORACIÓN CIUDAD AMIGA
2025

Dedicatoria:

"A las mujeres tejedoras de La Candelaria: gracias por no conformarse, por atreverse a soñar y transformar la realidad que las rodea. Ustedes nos enseñan a no vivir de manera automática, a arriesgarnos, a explorar nuevas ideas, a crear y a compartir con la comunidad. Con cada acción, cada creación y cada gesto, rescatan la fuerza y el brillo de

ORGANIZADORAS



ALIAD@S



CORPORACIÓN CIUDAD AMIGA
NIT. 909.235.000-4



Esta publicación es producida con el apoyo del programa **Más Cultura Local**, una alianza estratégica de la Secretaría Distrital de Gobierno, la Secretaría de Cultura, el Instituto Distrital de las Artes – Idartes, la Fundación Gilberto Alzate Avendaño - FUGA y la Alcaldía Local de La Candelaria.